

que es peor—, abandonados en su tristísima inutilidad.

Los viajeros esperaban en el vestíbulo del Asilo. Había un poeta: un poeta conmovedor. Tieso, solemne, pulido; seis años antes todavía contaba con una corte de sobrinos. Cuando nosotros lo vimos sólo le rodeaban sus versos. Les recitó a las chicas unos en los que corazón rimaba con emoción, y hacía bonito, palabra. Lali Rídruejo tuvo la deferencia de presentarnos a los periodistas españoles y argentinos como colegas del viejo, y el buen hombre nos hizo la visita con una galanura áulica. Tenía casta de gran señor y gestos de adolescente.

Las chicas bailaron hasta el agotamiento. Cantaron hasta la extenuación. Mediado el recital una lluvia de flores cayó sobre el escenario, que improvisó el ingenio de las monjas. Una rociada de flores que llegaba hasta nuestras chicas, hasta las banderas, hasta un retrato del Caudillo que presidía la sala. Pero los viejos son tan tercos como los niños y disputaban entre ellos sobre la calidad de los bailes. Había una vasca—llegó a la Argentina en 1866 y no pudo volver nunca— que sólo se entregaba ante el auresku y la danza de los arcos. En los demás bailes permanecía impasible. Cuando salieron al escenario las bilbaínas una asilada, ya en ese limbo de los viejos, le spló muy seria:

—Vaya, ahí están las gallegas.

Se indignó:

—¡Qué gallegas ni gallegas; vascas y bien vascas son éstas, Cristo...!

Y le reventaba el sonsonete de la tierra dejada en la otra orilla de ochenta y cuatro años. Rondaba los cién, y los agudos sonidos del chistu le hacían menear imperceptiblemente las tabas.

Después, entre oles y lágrimas, las chicas recorrieron las instalaciones del Asi-

lo, no sin antes cantar una Salve en la capilla, blanca y alegre como de colegio de párvulos. Párvulos de Dios eran los viejos. Era ya la hora de la cena. Primero estuvimos en el comedor de los hombres. Luego en el de mujeres. En el primero las chicas charlaron con todos. Tenían que pedir constantemente:

—Por favor, abuelo, siéntese usted.

Pero los viejos no hacían ningún caso. Hablaban con una mujer y permanecían en pie, como mandan los cánones. Dos me llamaron la atención: un gallego y un madrileño; estaban en Buenos Aires desde el 98—mala fecha— y los dos hablaban con un acento feroz, un acento de recién llegados. Las viejecitas soltaron su emoción más fácilmente. Era una algarabía casi de colegio la que acogió a nuestras chicas en el comedor de las asiladas. ¡Qué guirigay! Charlaban de sus cosas y hasta consumieron buenos turnos sobre el tema de la moda en España. No pude estar allí mucho tiempo. Ocurrió así, y seguro que ustedes me entienden y me disculpan. Una gallega de noventa años llamó a Tere Ugalde, que iba con su bandera a cuestras. Se abrazó a la bandera con un gesto desesperadamente filial, desesperadamente maternal; sorbía las lágrimas mientras la besaba con esos besos húmedos y pegajosos de los niños chiquitines y de los viejos muy viejos; la besaba, y luego, sin más, tocó con sus dedos la tela, recorriendo los colores, e hizo la señal de la cruz. Sólo entonces se desplomó con entereza.

—Señor —dijo—, permítame volver.

Me fuí al jardín, claro. Estábamos en el jardín casi todos los periodistas. Yo había tomado algunos nombres para colorear la crónica; saqué el papel del bolsillo y lo rompí. Era el asilo de los fracasados, de los que ya no tenían familia ni aquí ni allí.

(Continuará)